

NOTA EDITORIAL

El IV Simposio Internacional de Arqueología PUCP se llevó a cabo los días 16 a 18 de agosto del 2002, casi exactamente dos años después del III Simposio, llamado *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias*, cuyos resultados fueron publicados en los dos últimos números (4 y 5 del *Boletín de Arqueología PUCP*) con un total de casi 1300 páginas, así como centenares de ilustraciones en blanco y negro, y en color. Con ellos se ha logrado un alto nivel de calidad tanto en su aspecto científico como técnico, aspectos que convierte al *Boletín* en una revista de competencia internacional. Del mismo modo, se ha alcanzado una acogida muy positiva del público y de los colegas tanto en el país como en el extranjero.

Además de ello, el tema escogido gira en torno a problemas complejos que comprometen las arqueologías de otros países sudamericanos, con lo cual se alcanza una inserción en el tema de teorías generales que se ocupan de fenómenos estudiados en otras partes del mundo, como el de los imperios y los estados cuya definición en América del Sur resulta difícil por la inexistencia de fuentes históricas y la presencia de cronologías «flotantes» que no cuentan con el sustento sólido de evidencias materiales controladas debidamente. Queda evidente que los modelos —que a menudo no se caracterizan por una sofisticación recomendable— se basan en las analogías más diversas sin que su aplicación sea discutida de manera detallada por medio de los datos arqueológicos pertinentes. A ello se suman intereses políticos actuales centrados en visiones nacionalistas que reducen lo arqueológico a poco menos que un pretexto para idealizaciones concebidas como vínculos con las diversas situaciones actuales. La postulación de sistemas políticos de complejidad mayor y menor del pasado y sus nexos dentro de redes de interacción debe reflejarse en estrategias de investigación arqueológica que permitan definir estas complejidades. Para ello no basta una discusión estilística de la cerámica ni el reconocimiento de jerarquías basadas en las dimensiones de sitios sin que se tenga ideas claras acerca de la producción de esta cerámica, sus funciones y su lógica de distribución, así como, en relación con los sitios, su organización interna y sus vínculos con otros sitios menores o mayores. La lógica impone que estos sistemas sean dinámicos en el sentido de ritmos de crecimiento o de decrecimiento, en otras palabras, reflejos de formaciones políticas que corresponden a historias particulares, ligadas a la presencia de elites responsables de las condiciones de expansión, fusión, anexión, colapso, relaciones comerciales, etc. Esta presencia de elites, en su aspecto materializado, aún no se definen debidamente para el Perú antiguo; en vez de ello predomina el concepto del «hombre andino» como un constructo homogenizador que desafía espacio y tiempo.

Estas reflexiones, surgidas en las discusiones y en la lectura de las contribuciones del III Simposio, me condujeron a seguir por esta pauta para concentrarme en un fenómeno que parcialmente sirve para interpretaciones explicativas acerca del carácter político de Huari-Tiwanaku. Los incas figuran en obras generales como constructores del mayor imperio del hemisferio occidental al dominar un área inmensa que abarca los Andes en un largo de más de 5500 kilómetros, el más grande del mundo al sur del ecuador, que supera aún el de los Ming (Dinastía Ming [1368-1644] en la China o de los Otomanos de su tiempo (siglos XV y XVI). «Legiones incas —como sus contrapartes romanas— marchaban mucho más allá de los límites del mundo civilizado para someter a tribus de bárbaros y sociedades heterogéneas [...] Ninguna nación andina en la actualidad se compara en magnitud y prosperidad y la gran riqueza del Tahuantinsuyu fue también el motivo de su desaparición». Esta narrativa de Moseley (*The Incas and their Ancestors* [1992: 7]), que inserta el Tawantinsuyu en la historia mundial comparativa, pero reservando a los incas una posición exaltada, se debe mucho a narrativas de testigos españoles del temprano siglo XVI, las que oscilan entre la admiración consternada y la incompreensión, basadas en su trasfondo cultural y político europeo. En los siglos posteriores se crean imágenes idealizadas que convierten a los incas y su sistema político en utopía,

digna de emulación por parte de los estados europeos de la modernidad. Constituye, además, una «occidentalización», en la cual las supuestas diferencias, o aún deficiencias, se reinterpretan dentro de esquemas filosóficos y políticos vigentes en el Viejo Mundo. En la formación del moderno Estado Peruano, en la parte temprana del siglo XIX, esta visión idealizada constituyó una justificación de la independencia en su afán de retornar a la gloria pasada, destruida por los invasores europeos. Por otro lado, se enfatizan las diferencias en resaltar lo «específicamente andino» en contraposición a lo europeo, en crear «alternativas» también idealizadas cuyo efecto, sin embargo, no niega los logros reconocidos, sino llega a ellos por caminos esencialmente propios e incomparables, debido a que estas diferencias «aún» se mantienen en los herederos, hoy conocidos bajo el eufemismo de «campesinos», un término que enfatiza su marginalidad.

Estas diferentes formas de idealización no ayudan mucho en una comprensión más científica en el sentido de una imagen más concreta en el marco histórico y arqueológico al obviar, en lo posible, la politización pasada y vigente. Dentro de la lógica de esta politización, los etnohistoriadores peruanos suelen adherirse a las imágenes aludidas al usar los datos arqueológicos a menudo como supuestas comprobaciones de los datos o conceptos disponibles a ellos, mientras que los arqueólogos se esfuerzan en «materializar» los datos etnohistóricos. Es evidente, que estos procedimientos padecen de una argumentación circular y carecen de la producción de enfoques nuevos que, precisamente, deberían surgir de la contrastación crítica y de la elaboración de propuestas alternativas basadas en conceptos teóricos. Desde el punto de vista de la arqueología, el periodo en cuestión corresponde a lo que podría llamarse protohistoria, lo cual enfatiza un alcance de las fuentes históricas que captan el tiempo del contacto, sus implicancias y sus efectos como también el tiempo inmediatamente anterior, que se basa en la memoria biográfica de los miembros de la elite fortalecida por la memoria cultural en base a sistemas diversos, entre los cuales destacan los quipus, la tradición oral y la arquitectura monumental. Es, en buena cuenta, un lapso privilegiado cuya definición depende de una fusión crítica de los datos, de los cuales los netamente arqueológicos solo forman una parte, si bien importante. Se impone, por lo tanto, un enfoque tanto interdisciplinario como transdisciplinario, en el cual entran también disciplinas afines como la antropología, la sociología, la filosofía, etc.

De acuerdo a estas reflexiones, me pareció conveniente realizar un evento con el fin de provocar discusiones y encuentros entre etnohistoriadores y arqueólogos e invitar a aquellos colegas cuyos trabajos prometían aportes significativos en el debate. Para tal fin, invité a Gary Urton —miembro de nuestro Comité Editorial y reconocido experto en el tema, con aportes importantes sobre aspectos diversos, en particular el estudio de los quipus— con el fin de organizar este simposio conmigo. Gary se entusiasmó de la idea y, gracias a él, pudimos enfocar los temas específicos del evento. Invité también a otro colega y miembro de nuestro Comité Editorial, Ian Farrington, reconocida autoridad en la arqueología inca y editor de una revista especializada llamada *Tawantinsuyu*, como tercer coordinador. Entre los tres preparamos el evento, el tema y un pequeño texto explicativo que fue distribuido con anticipación entre los participantes invitados. Escogimos como tema el siguiente: *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas*. A continuación reproduciré los puntos resaltantes del texto mencionado. Nuestra meta, implicada en el título del simposio y de este número, era la de concentrarnos en la manifestación, el significado, las relaciones y las experiencias de identidades de la sociedad incaica y aquéllas de los pueblos colonizados bajo su dominio, así como, luego, durante la Colonia por medio de avances correspondientes a investigaciones recientes en los campos de la arqueología y la historia. El término «identidad» se refiere a las formas cómo los grupos e individuos en el Cuzco, en las provincias y en las fronteras del Tawantinsuyu se identificaban a sí mismos o a otros, así como a los diferentes mecanismos y expresiones de interacción mediante los cuales estas autorepresentaciones y representaciones de «los otros» fueron conservadas, disputadas y consumidas en las sociedades andina incaica y colonial, estaban sometidas a continuos procesos de cambios y transformación tanto durante la vida de cada individuo como en la larga duración

estudiada por la historia y la prehistoria. Nuestra meta no residía en la elaboración de un catálogo de identidades incaicas y coloniales, sino en la comprensión de la naturaleza de los incas del Cuzco, grupos e individuos vecinos, incas y no incas, en todo el *Tawantinsuyu*. Además de ello, se pretendía llegar a una mejor definición de procesos locales y generalizados de transformación sociocultural en los Andes a través del tiempo.

Para especificar esta problemática propusimos una serie de preguntas en ocho rubros:

- 1) Identidad y/o paisaje (oposiciones, vinculación con huacas, *mach'ai* y *paqarisca*, su formulación por medio de perspectivas arqueológicas y etnohistóricas, su efecto a través de políticas y prácticas coloniales);
- 2) Identidades étnicas y sus relaciones (definición, reconocimiento y relación con *mitmaquna*, yanacona y otros tipos de status administrativo, social, económico y político, así como sus efectos en la Colonia);
- 3) Género e identidad (entre los incas y las sociedades no incas, así como identidades basadas en el género como *aqlla*, mamacona, amauta y sus cambios en la Colonia);
- 4) Clases y categorías de registro de memoria incaica y colonial (estructura y organización de los quipus y relación con disposición y organización de poblaciones reflejadas);
- 5) Especialización e identidad (definición de artesanos especializados en el Tawantinsuyu y sus reflejos en el aspecto material, con sus variaciones regionales y las formas de identidad involucradas en cuanto a etnicidad o ayllu, como «olleros de Chachapoyas», «pescador de Huacho», «mercader de Chincha»);
- 6) Paisaje, arquitectura, ancestros e identidad (significación del paisaje natural, domesticación del paisaje, la arquitectura y su contexto espacial y social como *ushnu*, *callanca*, *acllahuasi*, orientación, el significado de las *pacarisca* relacionado a las *panacas* incaicas, los *mitmaccuna* y expresiones provinciales, ¿arqueología de orígenes míticos o de ancestros?, significado de contextos funerarios);
- 7) Práctica ritual y confirmación de domino inca (naturaleza de ofrenda y sacrificio en el contexto arqueológico, implicancia para ceremonias como *capac hucha*, *capac raimi*, *sithua*, etc.), y
- 8) Ser inca: producción, distribución, simbolismo y cultura material (manifestación del poder estatal, uso de formas y diseños cerámicos incas, importancia de la cerámica en el Cuzco y en las provincias, lugares de producción y distribución, uso de los *tocapu* y otros elementos de diseño, significado de diseños incaicos en tejidos, otros centros de manufactura).

Este temario amplio pone énfasis en la pluralidad de identidades y en sus manifestaciones múltiples dentro de un dinamismo que implica variedad étnica, social, política, económica e ideológica dentro de procesos complejos de transformaciones provocados tanto por los incas como por los españoles, con repercusiones para todos los implicados. Términos como «identidad», «etnicidad», «memoria» relacionados con aquéllos más restringidos como «aclla», «mitmaccuna», «ushnu», «callanca», «huaca», «pacarisca», etc., reclaman definiciones operables y discusiones fundamentadas con el fin de comprender su complejidad en vez de recurrir a la presentación algo irreflexiva de imágenes borrosas y preconcebidas que a menudo dominan el discurso.

Esta amplia gama de temas propuestos tuvo una buena acogida: asistió un buen número de colegas al evento —tanto establecidos y renombrados como jóvenes— aunque, obviamente, no

todos estos temas fueron tratados o discutidos. Optamos por formar seis mesas redondas, dos por cada día, bajo los siguientes temas: «Identidad y organización sociopolítica I» e «Identidad y organización sociopolítica II» (mesas redondas 1 y 2), «Arquitectura, ancestros y paisaje I» y «Arquitectura, ancestros y paisaje II» (mesas redondas 3 y 4), «Lenguaje, onomástica e identidad» (mesa redonda 5) y «Tecnología, identidad y memoria» (mesa redonda 6). En cada una de las mesas participaron etnohistoriadores y arqueólogos con el fin de provocar discusiones entre ellos y con el público. Esta estructura se ha mantenido en la publicación de este número (mesas redondas 1 y 2) y de los restantes que aparecerán en otros dos volúmenes (números 7 y 8 del *Boletín de Arqueología PUCP*) en el año siguiente.

El presente número se concentra enteramente en el tema de la identidad y organización sociopolítica y cuenta con las contribuciones de Catherine Julien, Martti Pärssinen, Inge Schjellerup, Miriam Salas, Enrique González Carré y Denise Pozzi-Escot, Shinya Watanabe, Krzysztof Makowski, Miguel Cornejo, Bill Sillar y Emily Dean, Edmundo de la Vega y Charles Stanish, Roberto Bárcena, Mauricio Uribe, Leonor Adán y Carolina Agüero, así como Viviana Manríquez. Esta lista refleja no sólo la presencia de renombrados etnohistoriadores y arqueólogos, sino también representantes de varios países de Europa, Estados Unidos, Japón y Sudamérica (Argentina y Chile), siendo los peruanos la minoría. Con ello se agregan identidades propias y diferenciadas que se reflejan en sus aportes. Carol Mackey, Guillermo Cock y Elena Goycochea, así como Frances Hayashida no pudieron entregar sus trabajos a tiempo, por lo que éstos formarán parte de los siguientes números. A estas contribuciones se agregan artículos más cortos, llamados notas, que continúan la costumbre iniciada desde el primer número. En este caso se trata de contribuciones de Luisa Díaz y Francisco Vallejo, Giancarlo Marcone y Enrique López, Lidio Valdez y Miriam Doutriaux. Además se presentan dos reseñas, una por Félix Palacios y la otra por el suscrito, con lo que se completa este número.

Las reflexiones breves en esta nota no pretenden reemplazar una introducción más exhaustiva. Está previsto para el número 8 la elaboración del texto de las reflexiones finales, en las cuales se discutirán los alcances y los problemas de la temática general, así como se plantearán recomendaciones para trabajos futuros.

Como en los simposios anteriores y las publicaciones respectivas, muchas personas han contribuido a la realización exitosa del IV Simposio Internacional de Arqueología PUCP y de este número. En primer lugar quisiera agradecer en forma especial a mis co-organizadores y co-editores, Gary Urton e Ian Farrington. Como ya quedó mencionado, ellos contribuyeron decisivamente en el éxito extraordinario del evento, que contó con la presencia de más de 400 personas inscritas y más de 60 ponentes, muchos invitados por ambos estudiosos. También ayudaron en diferentes aspectos de la publicación. Es evidente que el éxito se debe, en buena cuenta, a los participantes, por sus presentaciones y sus aportes a la discusión, así como la entrega de las versiones escritas que forman parte de este número y de los dos siguientes. Ha sido, al menos para el Perú, una congregación muy numerosa de autoridades reconocidas de muchos países del mundo, que gozaron de estos días al igual que todos los demás asistentes. A ellos también mi agradecimiento más profundo.

En la organización del evento, como en anteriores simposios, conté con la asistencia del señor Rafael Valdez. El apoyo de la doctora Patricia Harmann, Jefa de la Oficina de Eventos PUCP, ha sido, nuevamente, de importancia decisiva en cuanto a todos los aspectos organizativos y administrativos. Ella contó con su equipo de trabajo y otro grupo de apoyo conformado por estudiantes de la Especialidad de Arqueología entre los que estuvieron Bárbara Carbajal, Gabriela Cervantes, Alejandra Mendoza del Solar, Martha Palma, Katherine Ríos (lamentablemente fallecida), María Elena Tord, Belén Gómez de la Torre, Hugo Ikehara, Martín Mac Kay, David Oshige y César Trigoso. Como personal técnico nos asistieron los señores Pablo Wong, Jorge Chávez y Máximo Santa Cruz. El doctor Krzysztof Makowski, Jefe del Departamento de Humanidades, también apoyó la realización

del evento, al igual que el Rectorado de nuestra casa de estudios. Finalmente, han sido muy importantes los apoyos económicos por parte de la Embajada de los Estados Unidos, en la persona de la señora Lynne Roche, de la Embajada de la República de Alemania, en la persona del señor Enrico Brandt y del propio señor Embajador, el doctor Roland Kliesow, quien estuvo presente en el acto de la inauguración del evento, y el Instituto Francés de Estudios Andinos, en la persona de su director, el doctor Jean Vacher. A todos ellos mi más grande reconocimiento.

En cuanto a la preparación de este número es preciso mencionar en primer lugar al señor Rafael Valdez, quien, como en tantas otras obras publicadas por mí, se ha dedicado con gran entusiasmo y mucho profesionalismo a las tareas de corrección, diagramación y otros trabajos relacionados con la preparación de estos números. Asimismo, forma en las labores editoriales a un grupo de estudiantes de la Especialidad, los que le apoyan ahora de forma continua en vista de los otros dos números que están por publicarse aún. En este número han participado Azaliah Ardito, Patricia Chirinos, Carla Hernández, Ursula Muñoz, Daniel Saucedo y Lucía Watson. También asesoraron los trabajos de edición los señores Oscar Hidalgo y José Ragas. Nuevamente quiero agradecer también al doctor Krzysztof Makowski, por su apoyo en la publicación, como también al licenciado Dante Antonioli, Gerente del Fondo Editorial PUCP, por su interés y apoyo decidido, los que ya ha brindado en muchas otras oportunidades.

Last not least, me es grato señalar que la edición de este número coincide con los 20 años de existencia de la Especialidad de Arqueología PUCP, que se estableció oficialmente en 1983. Esperemos que, entre muchos otros logros, el *Boletín de Arqueología PUCP* y los Simposios Internacionales sean evidencias de la madurez que esta Especialidad ha adquirido en este lapso de tiempo.

PETER KAULICKE